



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXX Domingo durante el año
23- X- 2011

Textos:

Ex.: 22, 20-26.

Tesl.: 1, 5c-10.

Mt.: 22, 34-40.

“Amarás al Señor, tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo”.

Dios en su esencia es amor y ha querido participar ésta, su esencia, a nosotros, sus creaturas. Nos ha creado por amor, para que pudiéramos participar de su felicidad, sea en la tierra, sea en la gloria del cielo. Debemos amar a Dios y en Él también a nuestro prójimo.

En la segunda lectura vemos como la comunidad de los tesalonicenses se ha convertido en un modelo moral *“para todos los creyentes”*, siguiendo el ejemplo de San Pablo, que ha acentuado la inseparabilidad del amor a Dios y al prójimo más que ningún otro apóstol.

En su *“himno a la caridad”* (I Cor. 13), Pablo describe la caridad cristiana de tal forma que se ve en cada frase que el amor a Dios y a Cristo se traduce en el comportamiento con respecto al prójimo.

Hermanos, les sugiero, antes de continuar nuestra meditación, una aclaración al mandato de Jesús. A la pregunta maliciosa de los fariseos, Jesús responde así: *“Amarás al Señor tu Dios...”*. *“Amarás, dijo, y no temerás, porque amar es más que temer, (...) porque el temor procede de la necesidad, el amor de la libertad”* (Pseudo-Crisóstomo, *opus imperfectum in Matthaëum*, hom. 42).

Jesús, en su respuesta a los fariseos, nos propone una *“síntesis”* de los mandamientos y de lo que depende toda la Ley y los Profetas, es en definitiva la plenitud de la Ley y consiste, en el pensamiento y lenguaje de Santa Teresita, en **una ardiente caridad hacia Dios y una dulce caridad para con el prójimo**.

Este amor que el Señor nos propone vivir, es **“la caridad”** que no es una especie determinada de amor divino, sino un amor a Dios, que lo ama como al objeto y origen de la felicidad” (Santo Tomás I, II, 65, 5, ad. 1). Esta posibilidad de amar así es un regalo que Dios nos ha hecho. Él nos ha creado con la capacidad de amar para amarnos y ser amado por nosotros.

Estamos llamados a amar con amor de caridad que nos purifica y perfecciona ya que el amor quema las escorias de la fragilidad. La caridad o amor sobrenatural no es otra cosa que una participación en la misma vida de Dios; como decimos en el rito del bautismo: *“Recibimos, en él, una nueva vida que procede del amor de Dios”*. No es otra

cosa que la chispa de Dios en los hombres y que ningún torrente de odio podrá extinguirla.

El mandato del Señor nos enseña que nuestro deber primordial consiste en amar a Dios; tal es el medio de multiplicar el rendimiento de nuestra corta existencia; todo lo demás es relativo; por eso “en la tarde de la vida seremos juzgados en el amor” (San Juan de la Cruz).

Al celebrar el Año de la Vida, debemos comprender que un gran amor puede suplir una larga vida. Dios no tiene en cuenta el tiempo más o menos largo que pasamos en la tierra; sólo mira el grado de amor que existe en nosotros, y que el sentido profundo de nuestra existencia es vivir el amor del propio Dios y para que podamos amarlo nos ha dado su corazón, su *Espíritu de Amor*.

El Señor también nos da las pautas para amarlo: “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu*”. Y San Bernardo hace un humilde aporte a estas pautas afirmando que: “**La medida del amor a Dios es amarlo sin medida**”.

Jesús nos enseña que el amor a Dios no puede existir sin el amor al prójimo, más, el amor hacia el prójimo es la auténtica prueba de nuestro amor a Dios.

“*Entregándose a Dios, el corazón no pierde su ternura, por el contrario, esta ternura se acrecienta volviéndose más pura y divina*” (Santa Teresita). De esta manera la gracia perfecciona la naturaleza humana en su línea. Y agregaba, esta especialista en la ciencia del amor, que “*la caridad dilatava su corazón*”. Esta verdad ya la enseñaba San Juan Crisóstomo al afirmar que “*del mismo modo que el calor dilata lo cuerpos, así también la caridad tiene el poder dilatador, pues se trata de una virtud cálida y ardiente*” (Homilía).

Hermanos; “**Dios nos pide el corazón**” nos dice San Agustín y nos exhorta: “*...hermanos míos, interróguense, remuevan las celdas interiores, observen, y vean bien si tienen un poco de caridad, (...) tengan atención a tal tesoro, para que sean ricos interiormente*” (Sermón 34, 7-8).

Pidamos al buen Dios que podamos comprender y acepta el pedido que Dios nos hace en el libro de los Proverbios: “**Dame, hijo mío, tu corazón**” (Prov. 23, 26).

Amén

G. in D.